

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

MADRID.—Miércoles 9 de Octubre de 1872.

AÑO III.

NUM. 812.

CRONICA PARLAMENTARIA.

Los debates parlamentarios han tomado ayer un calor extraordinario. Se ha roto la tregua entre republicanos y radicales. El Sr. Garrido ha levantado la bandera negra, pero a media asta. El gobierno le ha contestado por conducto del señor ministro de Fomento, el cual ha parado los golpes con dulzura y hasta con cariño, en un discurso elocuente y admirablemente dicho. Luego lo analizaremos.

Antes de que comenzasen los debates políticos, en medio del fuego granado de las preguntas, han ocurrido tres incidentes dignos de especial mención.

Es el primero el discurso, mas que pregunta, del señor marqués de Sardoal dirigido al señor ministro de Hacienda. El señor marqués, que acababa de ser alcalde de Madrid, preguntaba, argüía y sostenía a un tiempo que el Estado debe al Ayuntamiento, ó los solares de las iglesias derribadas, ó el importe del derribo, diciendo con gran amargura que los gobiernos y los revolucionarios también se olvidan de los que han hecho favores en días críticos; en una palabra, que también son ingratos los revolucionarios, ya que ellos se lo llaman a los monarcas. (Reuero terrible, teniendo en cuenta los favores que el marqués de Sardoal ha hecho a los radicales y el desprecio y la ingratitud con que los radicales han tratado al señor marqués de Sardoal).

El ministro de Hacienda contestó que él no podía conceder ni legitimar a los ayuntamientos todos los derechos que les habían otorgado las juntas revolucionarias sin facultades para ello; pero si las juntas revolucionarias no tuvieron derecho para dar a los ayuntamientos un pedazo de terreno, mucho menos derecho han tenido para gritar: «¡Abajo los Borbones!», quitando la corona de España de la cabeza de doña Isabel II, y privando de derechos algo mas grandes y mas respetables que unos cuantos pedos de terreno.

El segundo incidente fué la contestación del señor ministro de Gracia y Justicia a la pregunta del Sr. Ulloa sobre el tratado de Amoreviti. El señor ministro de Gracia y Justicia interpretaba satisfactoriamente el tratado; pero el Sr. Ulloa aseguraba que se formaban causas y que se perseguía a los carlistas que se acogían al tratado; y después del indulto concedido a las juntas principales carlistas, indulto que nosotros hemos reclamado los primeros; y después de la afirmación del Sr. Ulloa, nosotros creemos que el ministro de Gracia y Justicia está en el deber de dictar una disposición clara y terminante que evite todo género de perjuicio en este punto, disipando todas las dudas.

Ultimamente, el Sr. Becerra apoyó un proyecto de ley sobre organización del ejército; y este es un sintoma grave, porque habiendo presentado el gobierno un proyecto con el mismo objeto, y siendo el Sr. Becerra miembro de la mayoría, lo natural era aguardar a que la comisión diera su dictamen, y cuando más, presentar alguna enmienda.

Entrando en el orden del día se dió cuenta de la enmienda presentada por los republicanos, que en términos corteses piden a D. Amadeo que se vuelva a Italia.

Sostuvo esta enmienda, como decimos al principio, el Sr. Garrido, en un largo discurso, fácilmente pronunciado, con gran desembarazo, pero nutrido de la mas perniciosa doctrina. Todo el mundo conoce las opiniones de este señor diputado, que son diametralmente opuestas a las nuestras.

En pocas palabras ha venido a decir, que si las clases conservadoras se prestan de buen grado a recibir a la república, nadie sa meterá con ellas; pero que si resisten, entonces no deben extrañar que se entre a sangre y fuego. La verdad es que las tales clases conservadoras ni quieren recibir de buen grado la república, ni quieren resistir, ni organizarse, ni hacer nada, sino que todo les venga bajado del cielo, y se pueden encontrar con un petardo de primer orden.

El Sr. Garrido sin embargo, ha estado en algunos momentos felicísimo, cuando se dirigía contra los revolucionarios de Setiembre, que son monárquicos de circunstancias, cuando se dirigía a los que son republicanos en la oposición y monárquicos en el gobierno; pero ha estado descaecado lógicamente al historicismo, dejándose llevar de las absurdas preocupaciones y de la ciega pasión de los hombres de su escuela, cuando ha hablado de las comunidades religiosas y de los jesuitas. Aquí la ofuscación le ha llevado a verdaderos e ineficaces extravíos; pero estos extravíos han merecido una refutación breve, enérgica y elocuente de nuestro joven amigo el Sr. Pidal, el cual ha restablecido la verdad de los hechos y ha defendido a la Compañía de Jesús de las acusaciones de rutina, y completamente destituidas de fundamento, que la dirigen constantemente sus irritados e incansables adversarios.

El Sr. Pidal es un joven de gran erudición, que sigue noblemente el ejemplo de su ilustre padre, y que no degenera de las cualidades que a aquel tanto distinguieron.

Contestó al Sr. Garrido el Sr. Mata, el cual fué breve y lacónico contra lo que generalmente se esperaba, lo cual hace sospechar que son ciertos algunos disgustos.

Para alusiones tomó parte el Sr. Ruban Donadeu, el cual llevó la doctrina republicana a los confines de la demagogia, si bien en camino de aquellas exageraciones se manifestaba suave con el gobierno actual, y furioso contra el gobierno de los moderados; pero el Sr. Ruban se encargaba de demostrar con los hechos que citaba, que los mode-

rados habían obrado perfectamente en los actos que merecían la censura del diputado catalán.

Nuestro amigo el Sr. Jove y Hévia, en una breve rectificación, ha refutado y destruido elocuentemente la mayor parte de los errores en que ha incurrido el Sr. Garrido. El Sr. Jove ha defendido a la Iglesia, ha defendido a los electores campesinos, que son el nervio del Estado, y ha restablecido en la discusión el imperio de las buenas doctrinas.

Ha cerrado la sesión el señor ministro de Fomento con un extenso discurso, levantándose a grande altura como orador parlamentario; discurso pronunciado con buena entonación, con limpieza de lenguaje y adornado de frases bellas, pero tan exageradamente democrático, que parecía pronunciado por un republicano unitario contra un republicano federal.

La enmienda del Sr. Garrido iba directamente contra D. Amadeo, y el señor ministro de Fomento ha combatido con muy buenas razones a la república federal, pero ha dejado bien desamparada a la monarquía constitucional.

D. Amadeo ha quedado hecho trizas en el discurso del Sr. Garrido.

La república federal ha sido deshecha y pulverizada en el discurso del Sr. Echegaray.

Este ha sido el resultado verdadero de la discusión de ayer.

Hoy consumirá el primer turno nuestro amigo el Sr. Estéban Collantes.

EL ÚLTIMO ACTO.

La *Discusión* dice que «estamos representando el último acto de la tragedia.» Según las buenas reglas y constante práctica de los grandes maestros, el personaje principal, el que ha de ser la víctima, ha de ser un rey ó un personaje extraordinario. Como aquí no se ve a nadie que sea digno del coturno de Siquilo, y suponiendo que *La Discusión* no se refiere a ninguna tragedia del corte y condiciones de la de *Manolo*, «que debía morir en alto puesto según la heroicidad de sus acciones;»

ha de tenerse por cierto que, ó no hay tal tragedia sino un sainete, ó respecto del personaje debe darse traslado de la indicación la *Loca del Vaticano*.

El periódico republicano habla de esa representación del último acto, después de decir que hace mucho que está su partido en el terreno de las teorías y que ya es el momento de pensar en la práctica; que hasta ahora ha sido un partido de ideas y que necesitan ser hombres de hechos; que hasta ahora se han ocupado de la propaganda de sus grandes principios, y que es preciso que desde hoy se concrete toda su atención al punto esencialísimo de ver cómo ponen en planta sus ideas.

Se trata, pues, de una tragedia de tres ó mas actos teóricos y el último práctico; ó mas bien, de una tragedia teórica con un desenlace práctico. Esta es la alta escuela de los que representan en tablas: imitar la verdad todo lo posible. Refiérese que Maigret era en este particular tan consumado actor, que siempre que representaba una tragedia, era preciso que en el último acto saliese con un puñal de hoja de lata y sin punta, pues se entusiasma hasta el punto de dar la puñalada con tal brío que se habría suicidado ó dado la muerte al que había de aparecer como víctima de sus furiosos.

Creemos que no llegue hasta ahí *La Discusión* ni lleguen tampoco sus amigos, después de todo por una razón muy sencilla y poderosa: la de que la persona que habría de ser víctima, no merece tanto ni ha hecho nada para merecerlo; que no es la «persona trágica» de que hablaba el gran preceptista latino. Puede, sin embargo, hacerse una excepción en fuerza de las circunstancias: pues si el alcalde señor Ponte, que no había dado motivo para la malquerencia de los manifestantes del domingo, fué insultado y apedreado, bien pudiera acontecer que sucediese algo parecido con quien solo se hubiese ocupado en hacer saltar a un perro ó en cualquier otro infantil entretenimiento.

No nos parece que hay grande exactitud en lo que dice *La Discusión* al calificar de tragedia lo que está sucediendo, y en decir que hasta ahora su partido se ha limitado a teorías y no a hechos. Lo que está sucediendo tiene mas que de otra cosa, de sainete antiguo, en el cual figuraba siempre el cuarto estado como ahora se llama, con sus especiales costumbres y con su obligada terminación a palos. Si ha de considerarse como tragedia, ha de ser considerando lo sucedido hace cuatro años y las consecuencias que ha traído para la nación; mas no desde el punto de vista republicano: desde este punto de vista, la tragedia comenzaría precisamente cuando el colega dice que sería su fin; esto es, el día del triunfo de los republicanos, pues no serían los señores los que dominaran, sino los que están naturalmente indicados para dominar.

En cuanto a que todo hasta ahora se haya reducido a teorías y nada mas, figurásemos que las barricadas de Cádiz, Málaga, Valencia y Gracia y los recientes acontecimientos de Jerez distaban mucho de ser teorías, y si lo eran dominaban en ellas la parte experimental. Si aquello no fué mas que una teoría, no sabemos lo que será la práctica y cómo podrán ponerse en acción los principios que están proclamando nuestros colegas. Ciertamente es que los periódicos republicanos sensatos pueden desear que se lleven a la práctica sus doctrinas; pero no lo es menos que pueden estar convencidos de que no pasarán nunca de deseos: si el partido republicano triunfase, no serían las doctrinas de *La Discusión* las que se redujesen a la práctica, sino otras muy distintas.

Sin dificultad convendremos con el colega republicano en que nos hallamos en el último acto de lo que llama tragedia, que en efecto es una far-

sa, sea cual fuere la denominación teatral que se le quiera dar. Todo revela la proximidad del desenlace, pues la acción no se puede ya sostener por mas tiempo. D. Amadeo se halla tan postergado para todo por los que debieron ser sus amigos, que ni aun se presenta en los sitios y momentos en que acostumbraba presentarse, ni en los que parecía natural que se presentase.

Había dicho el Sr. Rivero en su discurso presidencial que «allí donde hay un derecho herido, allí está el rey para restablecerlo.» El domingo fué herido el derecho y también la persona del alcalde de Madrid, de la primera autoridad del pueblo de la capital; y D. Amadeo, que estaba bien cerca y donde se oían los gritos de los amotinados, no estuvo al frente de la casa de la Villa para restablecer el derecho del alcalde y de los agentes magallados; y eso que se le presentaba una excelente ocasión para poner a prueba su popularidad. *La Discusión* dice que esa monarquía se va, y es posible que tenga razón; y es posible que haya otras para asegurar que se va.

Las Cortes, que eran la gran columna de la situación, también se hallan en grave peligro de irse, porque no pueden en manera alguna subsistir. Lo que en ellas está sucediendo no es lo mas a propósito para suponer que puedan durar mucho: no es de presumir que acaben como la manifestación del domingo, porque algo ha de valer la diferencia de clase y de posición; pero es muy fácil que se acabe, como se decía en las escuelas, arrojándose los bonetes.

Todo, por tanto, hace pensar que realmente se aproxima el fin; pero que ese fin no ha de ser el principio de los republicanos, sino de otra cosa muy distinta y aun diametralmente opuesta, aunque no podrá ser del desagrado de *La Discusión*, pues de lo que se trata es de que comience el reinado del derecho. Si lo actual ha de considerarse como lo considera el colega, su fin ha de ser, ó mucho nos equivocamos, como el de la última tragedia que ha producido la literatura española; como el de la tragedia *La muerte de César*: el fin de la anarquía y la muerte de la república.

O RESIGNARSE O REBELARSE.

No comprendemos las dudas, vacilaciones, equilibrios y congradanzas de los llamados conservadores de la revolución.

Las cosas han llegado a tal punto, y los males de la patria a tan deplorable estrechura, que es preciso tomar un partido y colocarse en una actitud clara y definida, porque no es posible fluctuar por mas tiempo entre la anarquía existente y el restablecimiento del orden, tan necesario para salvar la sociedad, y afirmar sobre bases sólidas e inquebrantables la paz de los pueblos y el reposo de las familias.

Por dignidad, por patriotismo y por su propia conveniencia, deben los conservadores de la revolución abandonar la actitud expectante en que se han colocado, con tanta mas razón, cuanto que va reduciéndose de día en día el número de los indefinidos ó de los pertinaces.

¿Qué esperan? ¿Green por ventura que los tiempos marchan, sino al compás de sus deseos, de modo que pueda llegar el caso de cumplir a D. Amadeo la promesa de defenderle, si él lo quiere ó lo pide?

D. Amadeo no quiere ni necesita su defensa, porque entregado a los radicales y sometido completamente a ellos, sabe que la fatalidad le condena a seguir su suerte, y no teniendo resolución ni valor para luchar con su destino, que es el de sucumbir con los que le elevaron al trono, se resigna a soportar una situación que acaso no es muy de su agrado, pero que no está en su mano destruir, ni siquiera alterar, sin comprometer su naciente dinastía.

Un diario conservador, acaso el mas autorizado, ha explicado magistralmente la situación en que se encuentra el rey de los radicales, y en sus palabras, consejos y advertencias deben inspirarse los conservadores de la revolución que aun permanecen indecisos ó obstinados para fijar su lema de conducta.

No somos nosotros, sino el colega conservador aludido, el que dice, haciéndose intérprete de la común opinion, «que el jefe del Estado (D. Amadeo) es una estatua decorativa, que su corazón es de talco dorado, que nadie se ocupa de él, ni le da importancia ni significación alguna, porque sabe que su voluntad no puede alterar su paso, ni en mucho la marcha de los negocios públicos; que con el rey para nada se cuenta ni hay necesidad de contar; y se sabe también que subsistirá en el trono únicamente mientras subsistan en el poder los radicales y caerá cuando ellos caigan.»

Esto dice el periódico conservador: esto es lo que opinan los hombres pensadores, lo que el país entero presente y lo que está en la conciencia de todos; y en tal supuesto volvemos a preguntar: ¿Qué esperan los conservadores de la revolución? ¿Pueden prometerse algo de esa «estatua decorativa» de quien nadie hace caso, a quien nadie da importancia alguna, con quien nadie cuenta para nada, y de quien disponen los radicales a todo su placer y albedío?

No haremos a los sujetos aludidos el agravio de suponerlos capaces de incurrir en ese desacuerdo, ni de cometer esa falta, que en ellos sería imperdonable ya, como hombres de partido, ya como personas de experiencia política y tan perspicaces para conocer el rumbo de los acontecimientos, que casi siempre el éxito ha correspondido a sus esperanzas y venido a coronar sus temerarias empresas.

Es muy posible que los agentes italianos, ve-

nidos recientemente a Madrid para contener la deserción de los conservadores revolucionarios, procuren halagarnos con promesas seductoras mas ó menos sinceras, que saben de antemano no han de poder cumplir, porque para ello necesitaban tener un poder que carecen absolutamente y una fuerza de que no pueden disponer.

Todo cuanto hagan ó digan esos agentes; todo cuanto hagan ó intriñen los personajes incautos que visitaban semanalmente en el Escorial a doña María Victoria, durante la expedición veraniega de D. Amadeo, será tiempo perdido y vendrá a estrellarse ante la insignificancia y obligada indiferencia del rey extranjero, y ante la firme voluntad de los radicales, resueltos a no dejarse sustituir por los conservadores, a los cuales consideran y temen como a sus mas implacables enemigos.

¿Qué importa que algunos ministros puedan estar resueltos a abandonar el poder a la primera indicación de D. Amadeo? Los individuos pueden tener y tienen a veces prudencia, abnegación y desinterés; pero los partidos son exigentes y soberbios cuando se creen fuertes; y el partido radical está desvanecido y se considera hoy invencible, porque cuenta, ó al menos cree poder contar, con la milicia nacional, con los ayuntamientos y diputaciones provinciales, con una parte del ejército, desorganizado por el general Córdova, con todos sus comités de las provincias, y en caso apurado, con la cooperación del partido republicano.

No queda, por lo tanto, a la fracción recalcitrante de los conservadores revolucionarios, trances alguno de salud, ni esperanza remota de obtener el poder por el beneplácito del rey extranjero; y tienen que optar forzosamente entre hacerse radicales, sometidos a la influencia predominante de la Tertulia de la calle de Carretas, a la voluntad del Sr. Zorrilla, a las exigencias del Sr. Rivero y a las utopías del intencionado y perseverante señor Martos, partidario del advenimiento del *cuarto estado*; ó declararse resueltamente antidinásticos, como lo ha hecho valerosamente *El Diario Español*, y afiliarse en el partido verdaderamente conservador y constitucional, para combatir a la vez la dominación extranjera y el radicalismo demagógico: *ó resignarse ó rebelarse*; ó con la demagogia ó con el orden. No hay otra alternativa.

No se está hoy en el caso de buscar aplazamientos, ni de ensayar nuevos sistemas ó emprender nuevos equilibrios.

La situación es demasiado grave y peligrosa en todos conceptos y los acontecimientos se suceden con tanta rapidez, que no se presta a esa política de especulación, de cálculo y de vacilaciones.

Quédales, sin embargo, a los conservadores de la revolución el recurso de anularse políticamente, renunciando a la vida pública y retirándose a disfrutar los tranquilos gozos de la vida privada; pero no creemos que tengan esa virtud ni que sean capaces de llevar hasta ese punto su abnegación, que seríamos los primeros en aplaudir y respetar, por mas que comprendamos los grandes servicios que podrían prestar al país, si se decidieran por la buena causa, rompiendo de una vez y para siempre con la demagogia revolucionaria y con ese conato de monarquía, que carece de simpatías en el país y que no tiene autoridad, influencia, ni poder.

La Riforma, periódico de Roma, publica en su número del viernes un extenso artículo titulado: *Il re di Spagna*, en el que empieza por culpar al ministerio italiano por el grandísimo error que cometió enviando un príncipe italiano para ejercer la potestad soberana en un país que apenas puede tolerar la propia; «pero que aborrece ferozmente toda dominación extranjera» (*ma abborre feroceamente da ogni straniera dominazione*).

Continúa el articulista esponiendo las causas por que en España no puede echar raíces una dinastía extranjera, entre otras que cita, porque una nación como España se vanagloria con tener una larga serie de reyes indígenas famosos por sus acciones propias ó por los inmensos dominios que regían y cuyos nombres pasan de boca en boca completamente identificados con las épocas mas espléndidas de la gloria nacional; y una nación con tan brillante historia no puede compararse con esos pequeños Estados, de reciente creación, en que un rey extranjero tal vez pueda consolidarse por falta de antecedentes con quien compararlo.

Pasando la *Riforma* a exponer el estado de la opinion en nuestro país respecto a D. Amadeo, dice lo que sigue:

«Fuera del partido radical, en España no hay ninguno que no combata fieramente a la nueva dinastía; tanto que el enemigo menos encarnizado que tiene es el republicano.»

A fin de que no se nos tache de parciales ó infieles en la traducción, damos a continuación el texto original.

Dice así: «Al di fuori del partito radicale in Spagna non viene un altro che non combatta fieramente contro la nuova dinastia; tanto che essa il meno accanito nemico che s'abbia è il repubblicano.»

Como verán nuestros lectores, el periódico italiano parece estar perfectamente enterado de las cosas de nuestro país, si bien no estaría de mas que al decir que fuera del partido radical etc., hubiera expresado así la idea: «Fuera del partido radical, por estar en el poder etc.»

De todos modos, a pesar de esta omisión, vemos con satisfacción que en Italia se va comprendiendo que en España es imposible, absolutamente imposible la consolidación de toda dinastía que no sea la legítima y nacional.

Otro día con mas espacio nos volveremos a ocupar de este asunto.

Entretanto, bueno es conste lo dicho por la *Riforma*.

MADRID, Administración y Redacción de este periódico, calle de la Vigilancia, 3, 2.
EXTRANJERO.—París, para suscripciones y anuncios: C. A. Saavedra, rue Taitbout, 55.—Para suscripciones también, librería de E. Denne Schmitz, rue Favart, 2.
Londres, para anuncios y suscripciones, C. A. Saavedra, 1, Cecil Street Strand.
En Madrid la suscripción se abona en efectivo. Las de provincias del propio modo, ó por libranzas de giro mútuo, ó sellos de correos, y también por letras de exacta realización a favor de la Administración; de esta última manera, ó bien haciendo el abono en efectivo, se servirán las suscripciones en Ultramar.
El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se suplica que sea en carta certificada.

Ayer se aseguraba en los círculos políticos que el gobierno hacia cuestión de gabinete la salida de palacio del marqués de los Ulagares, el cual parece tiene el apoyo de una augusta dama. El asunto debía tratarse en Consejo de ministros, porque el marqués se niega a presentar su dimisión, y aquellos están resueltos a exigir de D. Amadeo su separación como único medio de poder continuar en sus puestos.

La versión de *La Correspondencia* es que el marqués de los Ulagares, a quien se había pedido la dimisión, se negaba a presentarla, y que por lo tanto sería declarado cesante.

Este resultado es el probable, porque D. Amadeo ofreció no imponerse, y de seguro no ha de principiar por hacerlo con sus ministros. Solo que en lugar de declarar cesante al marqués, se piensa en concederle una licencia ilimitada para hacerle menos amargo el trance.

Relacionada con este asunto debe estar la dimisión que se anuncia del jefe de la estampilla, señor Serrano.

En vista de lo mucho que debió agradar al público sensato la función del domingo, se piensa repetir en el inmediato en favor de la abolición de las quintas.

Ayer circuló la voz de que había fallecido el artillero que fué objeto de un atropello por parte de los manifestantes del domingo.

Esta, a ser cierto el hecho, será una nueva víctima de los derechos adquiridos por la funesta revolución de Setiembre. ¡Ojalá termine aquí el catálogo!

A pesar de que el presidente del Consejo amparó ayer al gobernador de Madrid, como la mayoría de la Cámara quedó profundamente disgustada con las esplicaciones del Sr. Mata, es de suponer que se vea obligado a resignar su cargo, en cuyo caso se tratará de reemplazarle con el marqués de Sardoal ó el Sr. Becerra, que andan estos días algo retraídos.

Las noticias sobre la insurrección carlista recibidas en el día de ayer, son las siguientes:

«La partida carlista que se presentó en Camproble, donde salió escarmentada, en su huida se encontró, cerca de Torres, con 50 guardias civiles que le hicieron cinco muertos entre ellos uno vestido de coronel y dos prisioneros. Después los voluntarios de Utiel mataron otro carlista é hicieron otro prisionero.»

Saballs, con 200 hombres, y Huguet con 250, se hallaban ayer por las inmediaciones de Vidri, a cuyo punto se dirigían por distintas direcciones las columnas del brigadier Arrando, auxiliando este movimiento con las suyas el brigadier Peltain.

Desde el 2 del actual reina tan fuerte temporal de aguas en Cataluña, que a veces ha imposibilitado la persecución de los carlistas.

La batida dada ayer en la sierra de Cardona ha dado por resultado dos prisioneros carlistas y dos presentados a indulto.

Los vecinos de Mondoñedo que desaparecieron ayer se dirigían hacia Gontan, en número de 25, con el cabecilla Cornejo, que había reunido hasta unos 100. Intulizaron el telégrafo; pero ayer habían sido reparados los desperfectos.

Las relaciones entre la delegación austriaca y el ministerio austro-húngaro no mejoran. En la sesión celebrada por aquella en Pesth el 5 del corriente, el presidente de la comisión de presupuestos, Mr. Dratovebera, trató de justificar las reducciones hechas por la misma comisión en el capítulo de la guerra.

El conde de Andrassy al contestarle, manifestó que de las palabras que había pronunciado en el seno de la comisión, no podía deducirse que la situación pacífica actual garantizase una paz perpetua. El conde añadió que las relaciones de Austria-Hungría con la mayor parte de las potencias son excelentes, y que tiene la íntima convicción de que con su programa esencialmente defensivo se podría conservar la paz, pero que no debe esperarse la realización de este programa sino a condición de que se acuerden todos los recursos que se piden, a fin de poder garantizar la paz con las fuerzas del imperio.

El presidente del Consejo terminó protestando contra cualquiera otra interpretación que se hubiera podido dar a sus palabras.

Esperemos que en vista de la franca declaración del conde de Andrassy, la comisión de presupuestos primero y luego la delegación cejarán en sus propósitos, y concederán su aprobación al presupuesto de la guerra.

Como decimos en otro lugar, la prensa europea se ocupa de la emigración de los alsacianos y lorenenses, hecho que ya hemos consignado en las columnas de *El Eco de España*, reconociendo que esta emigración es grandísima, inmensa, que el país queda casi despojado, y que pocos ejemplos registra la historia que se le asemejen.

Grande es sin duda la severidad con que son tratados los habitantes de Alsacia y Lorena que no han optado por la nacionalidad alemana. Así las costas de Normandía, los departamentos de la antigua provincia de Champagne, la ciudad de Basilea en Suiza están llenas de alsacianos y lorenenses. Las fábricas é industrias se trasportan a otros puntos por no pagar los impuestos a los alemanes, y hasta los niños desertan las escuelas.

Ya los periódicos alemanes nos han explicado el pensamiento de su gobierno acerca de este punto; pero lo que han llamado es la resolución que haya recaído respecto a la declaración hecha por M. Dolfus, riquísimo fabricante que emplea en sus talleres millares de operarios, de que si se le obligaba a renunciar a su condición de francés cerraría sus

18

Ayuntamiento de Madrid

